

que el hijo de Telamon llevaba al sitio de Troya. Un descendiente de Tichio acogió en su casa al cantor de Ilión, y le regaló la soberbia copa. Habiendo Homero partido á la isla de Samos, fue admitido en los hogares de Creófilo, y le dejó al morir su copa y sus poemas. Andando el tiempo, buscando el rey Licurgo de Esparta la sabiduría en todas partes, visitó á los hijos de Creófilo, los que le ofrecieron con la copa de Homero los versos que Apolo había dictado á este poeta inmortal. A la muerte de Licurgo, el mundo heredó los cantos de Homero, pero la copa fue devuelta á los Homéridas: de esta manera llegó á Demodoco, último vástago de esta raza sagrada, y que hoy la destina al hijo de Lastenes.

Entretanto, Cimodocea, encerrada en un casto asilo, deja caer á sus piés su traje de noche, obra misteriosa del pudor, y adórnase con una túnica parecida al lirio que las Gracias honestas prenden por sí mismas en derredor de su seno. Cruza sobre sus desnudos piés unas ligeras cintas y agrupa sobre su cabeza con una aguja de oro las perfumadas trenzas de sus cabellos. Su nodriza le presenta el blanco velo de las Musas, que resplandecía como el sol y que estaba guardado debajo de todos los demás en un embalsamado cofrecillo. Cimodocea cubre su cabeza con este virginal tejido, y sale á reunirse á su padre. En aquel mismo instante, el anciano se adelantaba vestido de una larga túnica, sostenida por un ceñidor adornado de franjas de púrpura, del valor de una hecatombe. Ostentaba en sus sienes una corona de papiro y en la mano el ramo sagrado de Apolo. Sube al carro, y Cimodocea se sienta á sus piés. Evemon empuña las riendas y azota con el látigo crugidor el costado de las mulas sin mancha. Las mulas se lanzan á la carrera, y veloces las ruedas trazan apenas en el polvo la huella que un ligero bajel imprime al huir sobre los mares.

«¡Oh hija mía! dice el piadoso Demodoco, mientras el carro vuela, ¡librenos el cielo de faltar al reconocimiento! Las puertas de los infiernos son menos odiosas á Júpiter que los ingratos; estos miserable arrastran una existencia breve y están siempre entregados á una furia; pero una favorable divinidad se mantiene incesantemente al lado de los que no pierden la memoria de los beneficios; los dioses quisieron nacer entre los egipcios, porque son los mas agradecidos de los hombres.»

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO. Llegada de Demodoco y Cimodocea á Arcadia. Encuentran á un anciano en el sepulcro de Aglao de Psphis. Este anciano conduce á Demodoco al campo en que la familia de Lastenes hace la siega. Cimodocea reconoce á Eudoro. Demodoco descubre que la familia de Lastenes es cristiana. Vuelven á la casa de Lastenes. Costumbres cristianas. Oración de la noche. Llegada de Cirilo, confesor y mártir, obispo de Lacedemonia. Este ruega á Eudoro le refiera sus aventuras. Cena. La familia y los extranjeros van á sentarse despues de la cena al jardín, en la márgen del Alfeo. Demodoco invita á Cimodocea á que cante acompañándose con la lira. Canto de Cimodocea. Eudoro canta á su vez. Las dos familias se retiran á descansar. Sueño de Cirilo. Oración del santo obispo.

MIENTRAS el sol se remontó en los cielos, las mulas impelieron el carro con rápida carrera. A la hora en que el fatigado juez abandona con alegría su tribunal, para ir á tomar su alimento, el sacerdote de Homero llegó á los confines de Arcadia, y fue á descansar á Figalea, célebre por la abnegación de los orestasianos. Aquel noble Anceo, descendiente de Agapeor, que mandaba á los arcadios en el sitio de Troya, dió hospitalidad á Demodoco. Los hijos de

Anceo quitan el yugo á las mulas humeantes, lavan sus costados cubiertos de polvo en un agua cristalina, y les ponen delante una yerba tierna cortada en las orillas del Neda. Cimodocea es conducida al baño por algunas jóvenes frías que han perdido su dulce libertad; el huésped de Demodoco cubre á este con una fina túnica y un manto precioso; el príncipe de la juventud, el mayor de los hijos de Anceo, coronado con un ramo de álamo blanco, inmola á Hércules un javalí alimentado en los bosques de Erimanto; las partes de la víctima destinadas á la ofrenda son cubiertas de grasa y consumidas con libaciones sobre las ascuas. Un largo hierro de cinco dientes, presenta á la llama estrepitosa el resto de los manjares sagrados, y el suculento lomo de la víctima, con los trozos mas delicados, son servidos á los viajeros. Demodoco recibe una parte tres veces mayor que la de los demás convidados. Un vino oloroso encerrado durante diez años, corre en olas purpúreas en una copa de oro; y los dones de Ceres, que Triptolemo hizo conocer al piadoso Arcas, reemplazan la rústica bellota con que en otro tiempo se alimentaban los pelagosos, primeros habitantes de la Arcadia.

No obstante, Demodoco no puede gozar con alegría los honores de la hospitalidad, porque arde en deseos de llegar á casa de Lastenes. Ya la noche cubria los caminos con sus sombras; sepárase la lengua de la víctima, y hácese las postreras libaciones á la madre de los Sueños; luego el sacerdote de Homero y la sacerdotisa de las Musas son conducidos á un pórtico sonoro, donde algunos esclavos habían preparado blandos vellones de oveja.

Demodoco espera impaciente la luz del nuevo día.

«¡Hija mía, decía á Cimodocea, á la que un poder desconocido privaba también del sueño! ¡desgraciados de aquellos á quienes la piedad ó un vivo reconocimiento no arrancó jamás al poder de Morfeo! ¡No es permitido entrar en los templos de los dioses por medio del hierro; no se penetrará en el Eliseo con un corazón de metal!»

No bien la Aurora iluminó con sus primeros rayos el altar de Júpiter que corona el monte Liceo, Demodoco mandó uncir las mulas á su carro. En vano el generoso Anceo intenta detener á su huésped pues el sacerdote de Homero parte con su hija. El carro sale con estrépito de los pórticos, y se dirige con rapidez hácia el templo de Eurinoma, oculto en un bosque de cipreses, y salvando el monte Elayo, pasa á la gruta en que Pan volvió á encontrar á Ceres, que rehusaba sus beneficios á los labradores, y que no obstante se dejó ablandar por las Parcas, tan solo una vez favorables á los mortales.

Los viajeros atraviesan el Alfeo mas arriba de la confluencia de Gortinio, y bajan hasta las transparentes aguas del Ladonte. Aquí se ofrece á su vista un antiguo sepulcro, rodeado de olmos por las Ninfas de las montañas: el sepulcro de aquel arcadio pobre y virtuoso, Aglao de Psphis, á quien el oráculo de Delfos declaró mas feliz que el rey de Lidia. De este sepulcro partian dos caminos: dilatábase el uno á lo largo del Alfeo, y el otro seguía el declive de la montaña.

Mientras Evemon dudaba si seguiria este ó aquel camino, descubrió á un hombre ya de edad proveccta sentado cerca del sepulcro de Aglao. La túnica con que este hombre estaba vestido, diferenciábase únicamente de la de los filósofos griegos en que era de un tejido blanco comun; parecia esperar en aquel lugar á los viajeros, pero no revelaba curiosidad ni impaciencia.

Al ver detenerse el carro, se levantó y dirigiéndose á Demodoco:

—Viajero, dijo, ¿preguntas tu camino, ó vas á visitar á Lastenes? Si quieres descansar en su casa, recibirá en ello una gran alegría.

—Extranjero, replicó Demodoco, Mercurio no salió mas oportunamente al encuentro de Priamo, cuando el padre de Hector marchaba al campo de los griegos. Tu traje anuncia un sabio, y tus palabras son breves pero llenas de sentido. Voy á decirte la verdad: buscamos al opulento Lastenes, á quien su gran riqueza hace pasar por un hombre muy feliz; Habita acaso ese palacio que descubrió á orillas del Ladonte, y que pudiera tomarle por el templo del dios de Cilene?

—Ese palacio, contestó el desconocido, pertenece á Hierocles, prócónsul de Acaya. Habiéis llegado á la cerca de las posesiones del huésped á quien buscáis, y el techo de pajas que entreveís en la cáspe de la montaña es la habitacion de Lastenes.

Dichas estas palabras, el extranjero abrió unas tapias, tomó sus mulas por el freno, é hizo entrar el carro en el cercado.

—Señor, dijo entonces á Demodoco, hoy se hace la siega; si tu criado quiere conducir tus mulas á la habitacion inmediata, te mostraré el campo en que hallareis á la familia de Lastenes.

Demodoco y Cimodocea se apearon y siguieron al extranjero. Largo rato caminaron por un sendero practicado en medio de las viñas, sobre un terreno desigual en que descollaban esparcidas al azar algunas layas de estraordinaria corpulencia. En breve divisaron un campo erizado de haces y cubierto de hombres y mujeres que se apresuraban, aquellos á cargar los carros y estas á segar y atar las espigas. Al llegar al medio de los segadores, el desconocido exclamó:

—El Señor sea con vosotros!

Y los segadores respondieron:

—¡Dios te dé su bendición!

Y hacian oír durante su trabajo, un cántico de grave entonación. Seguíales muchas espigadoras que recogian las numerosas espigas que deliberadamente dejaban caer á su paso, porque su amo se lo había mandado así, para que aquellas pobres mujeres pudiesen recoger sin vergüenza un poco de trigo. Cimodocea reconoció desde lejos al hombre del bosque, sentado con su madre y hermanas sobre unos haces, y á la sombra de un androché. La familia se levantó y salió al encuentro de los extranjeros.

—Séfora, dijo el guía de Demodoco, mi querida esposa, demos gracias á la Providencia que nos envia viajeros.

—¡Cómo! exclamó el padre de Cimodocea; ¿este era el rico Lastenes, y no le he reconocido! ¡Ah! ¡cómo se burlan los dioses de los juicios de los hombres! Te he creído el esclavo encargado por su señor para cumplir los deberes de la hospitalidad.

Lastenes se inclinó.

Eudoro, con la vista fija en el suelo, y dando la mano á la mas joven de sus hermanas, permanecia en respetuoso ademan detrás de su madre.

—Huésped mio, dijo Demodoco, y tú sabia esposa de Lastenes, semejante á la madre de Telémaco; vuestro hijo habrá dicho sin duda lo que ha hecho por mi hija, á quien los Faunos habían extraviado en los bosques. Mostradme al noble Eudoro, para que yo le abrace como á hijo mio.

—He allí á Eudoro detrás de su madre, respondió Lastenes. Ignoro lo que ha hecho por tu hija, pues nada nos ha dicho sobre el particular.

Demodoco quedó atónito.

—¡Cómo! se decía interiormente, ¿este simple pastor es el guerrero que venció á Carrausio, el tribuno de la legion británica, el amigo del príncipe Constantino!

Repuesto al fin de su primera sorpresa, el sacerdote de Homero dijo:

—Yo hubiera debido reconocer á Eudoro en su estatura de héroe; menos aventajada sin embargo que la de Lastenes, porque los hijos no tienen ya la

fuerza de sus padres. ¡Oh tú, que podrias ser el mas joven de mis hijos, concédante los dioses lo que deseas! Te traigo una copa de inestimable valor; mi esclavo la tomará de mi carro, y tu la recibirás de mis manos. ¡Jóven y valiente guerrero! Meleagro era menos apuesto que tu cuando cautivó los ojos de Atlanta. ¡Dichoso tu padre, dichosa tu madre, pero mucho mas dichosa todavía la que debe compartir tu lecho! Si la virgen que ha sido hallada, no estuviese consagrada á las castas Musas...

Los dos jóvenes se sintieron comovidos al pronunciar Demodoco estas palabras.

—Aceptaré gustoso el presente que me haces, dijo Eudoro, sino ha servido á tus sacrificios.

Antes de espirar el día, la familia invitó á los dos extranjeros á descansar con ella en la márgen de una fuente. Las hermanas de Eudoro, sentadas al pié de sus padres, tejian coronas de flores encarnadas y azules, para una fiesta inmediata. Un poco mas lejos se veian las urnas y las copas de los segadores; y á la sombra de algunos haces en pié, un niño dormia dulcemente en su cuna.

—Huésped mio, dijo Demodoco á Lastenes, me parece que imitas aquí la vida del divino Nestor. No recuerdo haber visto la pintura de una escena igual á no ser en el escudo de Aquiles. Vulcano habia grabado en él un rey en medio de los segadores. Este pastor de los pueblos, en cuyo rostro brillaba la satisfacción, levantaba en silencio su cetro en medio de los surcos. No falta aquí sino el sacrificio del toro, debajo de la encina de Júpiter. ¡Cuán abundante cosecha! ¡Cuántos fieles y laboriosos esclavos!

—Estos segadores no son ya mis esclavos, replicó Lastenes, pues mi religion me prohíbe tenerlos, les he dado libertad.

—Lastenes, dijo entonces Demodoco empiezo á comprender que la fama, esa voz de Júpiter, me habia dicho la verdad: tu habrás sin duda abrazado esa secta nueva que adora á un Dios desconocido á nuestros antepasados.

Lastenes respondió:

—Soy cristiano.

El descendiente de Homero quedó suspenso largo rato; luego tomando de nuevo la palabra:

—Huésped mio, dijo, perdona mi franqueza; he obedecido siempre á la verdad, hija de Saturno y madre de la virtud. Los dioses son justos: ¿cómo puedes conciliar la prosperidad que te rodea con las impiedades de que se acusa á los cristianos?

Lastenes replicó:

—¡Viajero! los cristianos no son impíos, y vuestros dioses no son justos ni injustos, porque no existen. Si mis campos y rebaños prosperan en manos de mi familia, esto consiste en que es sencilla de corazón y está sumisa á la voluntad de aquel que es el solo y verdadero Dios. El cielo me ha dado la casta esposa que me ves; no le he pedido sino una constante amistad, la humildad y la castidad propias de una mujer. Dios ha bendecido mis intenciones, y me ha dado hijos sumisos que son la corona de los viejos. Aman á sus padres, y son felices porque viven bajo el techo paterno. Mi esposa y yo hemos envejecido juntos; y aunque mis dias no han sido siempre risueños, ha dormido treinta años á mi lado, sin revelar los cuidados de mi lecho y las tribulaciones ocultas en mi corazón. Concédale Dios siete veces la paz de que me ha rodeado! ¡Nunca será tan dichosa cuanto yo deseo!

De esta suerte, el corazón de aquel cristiano de los antiguos dias se dilatava al hablar de su esposa. Cimodocea le escuchaba con amor; la hermosura de aquellas costumbres penetraba el alma de esta joven infiel; y el mismo Demodoco necesitaba acordarse de Homero y de todos sus dioses, para no ser arrastrado por la fuerza de la verdad.

Después de algunos momentos, el padre de Cimodocea dijo á Lastenes:

—Tú me pareces enteramente de los tiempos antiguos, y sin embargo, no he visto tus palabras en Homero. Tu silencio tiene la dignidad del silencio de los sabios, y te elevas á sentimientos llenos de magestad, no sobre las alas de oro de Eurípides, sino sobre las alas celestiales de Platon. En medio de una dulce abundancia, disfrutas de los encantos de la amistad, nada es violento en tu derredor; todo es alegría, persuasión y amor. ¡Ojalá conserves largos años tu felicidad y tus riquezas!

—Jamás he creído, respondió Lastenes, que estas riquezas fuesen mías; las recojo para mis hermanos los cristianos, para los gentiles, para los viajeros y para todos los desgraciados. Dios me ha confiado la dirección de ellas; Dios me las quitará tal vez; ¡bendito sea su santo nombre!

Al acabar de pronunciar Lastenes estas palabras, el sol bajó á las cumbres del Foloe, hácia el brillante horizonte de Olimpia; el astro engrandecido se mostró inmóvil un momento, suspendido sobre la montaña como un ancho broquel de oro. Los bosques del Alfeo y del Ladonte, las nieves lejanas del Telfuso y del Liceo se cubrieron de rosas; los vientos callaron y los valles de la Arcadia quedaron en un reposo universal. Los segadores abandonaron entonces sus faenas, y la familia, acompañada de los extranjeros, tomó el camino de la casa. Amos y criados marchaban confundidos, llevando los diferentes útiles de la labranza; seguían las robustas mulas cargadas de madera cortada en las cimas de los montes; los bueyes arrastraban lentamente los aperos campestres, y los carros que vacilaban bajo el peso de los haces.

Al llegar á la casa, oyese el sonido de una campana.

—Vamos á hacer la oracion de la noche, dijo Lastenes á Demodoco; ¿nos permitis que os dejemos un momento, ó bien preferis acompañarnos?

—¡Los dioses me libren de despreciar las súplicas, hijas cojas de Júpiter, únicas que pueden aplacar la cólera de Atea!

Reunieronse todos en un patio rodeado de trojes y establos. Algunas colmenas esparcían un agradable olor mezclado con el perfume de la leche de las terneras que volvian de los pastos. En medio de este patio había un pozo, cuyos dos pilares cubiertos de yedra, veíanse coronados por dos aloe que crecian en unos canastillos; y un nogal plantado por el abuelo de Lastenes, cubria el pozo con su sombra. Lastenes, con la cabeza descubierta y la faz vuelta al Oriente se colocó en pié debajo del árbol doméstico. Los pastores y los segadores se arrodillaron sobre la paja nueva, en derredor de su amo. El padre de familia pronunció en alta voz esta oracion, que fue repetida por sus hijos y criados:

«¡Señor! dignaos visitar esta morada durante la noche y alejar de ellos vanos ensueños. Vamos á dejar los vestidos del día; cubridnos con el manto de inocencia y de inmortalidad que hemos perdido por la desobediencia de nuestros primeros padres. Cuando durmamos en el sepulcro, ¡oh Señor! haced que nuestras almas descansen con vos en el cielo!»

Terminada esta tierna plegaria, todos entraron en la habitacion donde se preparaba la cena de la hospitalidad. Un hombre y una mujer se presentaron, trayendo dos grandes jarros de cobre llenos de agua caliente. El criado lavó los piés de Demodoco y la criada los de la hija de Demodoco; y después de haberlos unguado con un aceite aromático de gran valor, los enjugó con un lienzo blanco. La hija mayor de Lastenes, de la misma edad que Cimodocea, bajó á un subterráneo fresco y abovedado; donde se conservaban todas las cosas necesarias á la vida del hombre. Apoyadas sobre grandes tablas de encina fijas á

las paredes, veíanse muchas odres llenas de un aceite tan suave como el de Atica; medidas de piedra en forma de altar, adornadas con cabezas de leon, y que contenian la fina flor del trigo; vasijas de miel de Creta, menos blanca pero mas perfumada que la del Hible, y ánforas colmadas de un vino de Chio, convertido en un bálsamo para el largo cansancio de los años. La hija de Lastenes llenó un cántaro de este licor benéfico, propio para regocijar el corazón del hombre en la amable familiaridad de un banquete.

No obstante, como los criados ignoraban si debian preparar el festin bajo la viña ó bajo la higuera, como en un día de júbilo, fueron á consultar á su amo, y Lastenes les mandó preparasen en la sala de los Agapes una mesa de una madera bruñida. Lávansela con una esponja, y la cubren de canastillos de mimbre, llenos de un pan sin levadura cocido en la ceniza; traen luego en fuentes de simple barro, uvas, algunas aves y peces del lago Estimfale, alimento destinado á la familia; pero en obsequio de los extranjeros sirvióse un cabrito que apenas habia gustado el madroño del monte Alfeo y el citiso del valle de Meneleo.

En el momento que los convidados se disponian á acercarse á la mesa hospitalaria, una criada vino á decir á Lastenes que un anciano que cabalgaba en un jumento, y semejante en todo al esposo de María, se adelantaba por la alameda de los cedros. En breve vieron entrar á un hombre, de venerable semblante, que llevaba debajo de un manto blanco un traje de pastor. No era naturalmente calvo; pero su cabeza habia sido despojada en otro tiempo de cabellos; y su frente ostentaba todavía las cicatrices del martirio que habia sufrido en tiempo de Valeriano; una barba blanca bajaba hasta su cintura, y se apoyaba en un báculo á manera de cayado que le habia enviado el obispo de Jerusalén; modesto presente que se hacian los primeros padres de la Iglesia, como el emblema de sus funciones pastorales y de la peregrinacion del hombre en la tierra.

Era Cirilo, obispo de Lacedemonia, que abandonado como muerto por sus verdugos en una persecucion contra los cristianos, habia sido elevado á su pesar al sacerdocio. Ocultóse durante mucho tiempo, para sustraerse á la dignidad episcopal; pero su humildad le fue inútil, porque Dios descubrió á los fieles el retiro de su siervo. Lastenes y su familia le recibieron con las demostraciones del respeto mas profundo, arrodillándose á su presencia, besando sus piés sagrados, cantando el Hosanna y saludándole con los nombres de muy santo y muy querido de Dios.

—¡Por Apolo! exclamó Demodoco, agitando su rama de laurel rodeada de cintas; ¡he aquí el viejo mas augusto que se ha ofrecido á mi vista! ¡Oh tú que estás cargado de dias! ¿qué cetro es ese que empuñas? ¿Eres un rey, ó un sacerdote consagrado á los altares de los dioses? Dime el nombre de la divinidad á quien sirves, para que yo le inmole víctimas.

Cirilo miró algun tiempo con sorpresa á Demodoco; después le contestó con una amable sonrisa:

—Señor, este cetro es el cayado que me sirve para conducir mi rebaño; porque no soy un rey sino un pastor. El Dios que recibe mi sacrificio nació entre los pastores en un pesebre. Si eres servido, te enseñaré á conocerle, y por única victima te pedirá la ofrenda de tu corazón.

Cirilo, dirigiéndose entonces á Lastenes, le dijo:

—Sabeis el objeto que me conduce aquí. La penitencia pública de nuestro Eudoro llenó á nuestros hermanos de admiracion; todos quieren adivinar la causa que la motiva. El me ha prometido contarme su historia, y espero que en los dias que vengo á pasar con vosotros se dignará satisfacerme. Los criados acercaron entonces los asientos á la mesa. El sacerdote de Homero se sentó al lado del sacerdote de Dios

de Jacob; la familia se colocó en derredor del festin. Demodoco, tomando una copa, iba á hacer una libacion á los Penates de Lastenes; pero el obispo de Lacedemonia, deteniéndole con benignidad, le dijo:

—Nuestra religion nos prohibe esas señales de idolatría; no querreis afligirnos.

La conversacion fue tranquila y cordial. Eudoro leyó durante una parte de la comida algunas instrucciones sacadas del Evangelio y de las Epístolas de los Apóstoles. Cirilo comentó de la manera mas afectuosa lo que dice San Pablo acerca de los deberes de los esposos. Cimodocea temblaba; y por sus virginales mejillas descendian lágrimas como perlas. Eudoro experimentaba el mismo encanto, y amos y criados estaban enternecidos. Esto con la accion de gracias, constituyó la cena de aquellos cristianos.

Finalizada esta, todos fueron á sentarse á la puerta del jardín en un banco de piedra que servia de tribunal á Lastenes, cuando administraba justicia á sus dependientes.

Semejante á un simple pastor á quien la suerte destina á la gloria, el Alfeo hacia correr por la parte baja de este jardín, entre una sombra campestre, las ondas que en breve habian de ser coronadas por las palmas de Pisa. Bajando de los bosques de Venus y del sepulcro de la nodriza de Esculapio, el Ladonte serpenteaba á lo largo de risueñas campiñas, y venia á confundir sus aguas cristalinas con la clara corriente del Alfeo. Los profundos valles regados por ambos rios estaban plantados de mirtos, de alisos y sicomoros. Un vasto anfiteatro de montañas cerraba el círculo entero del horizonte. Las cimas de estas montañas estaban cubiertas de espesos bosques, poblados de osos, ciervos, asnos silvestres y tortugas monstruosas, cuya concha servia para hacer liras. Vestidos con una piel de javalí los pastores conducian entre las rocas y los pinos, numerosos rebaños de cabras. Estos ligeros animales habian sido consagrados al dios de Epidauro, porque su piel estaba cargada de la goma que se adheria á sus barbas y pelo, cuando rumiaban el cisto sobre alturas inaccesibles.

Todo era grave y risueño, sencillo y sublime en este cuadro. La luna menguante brillaba en medio del cielo á la manera de las lámparas semicirculares que los primitivos fieles encendian en los sepulcros de los mártires. La familia de Lastenes que contemplaba esta escena solitaria, no se ocupaba en aquellos solemnes momentos de las frivolas curiosidades de la Grecia. Cirilo se prosternaba ante el poder que esconde los mantos en el seno de los peñascos, y cuyos pasos hacen estremecer las montañas como al tímido cordero, ó al inquieto carnero. Admiraba esa sabiduría que descuella como un cedro sobre el Libano, como una llanura á la margen de las aguas. Pero Demodoco, que deseaba hacer brillar los talentos de su hija, interrumpió estas meditaciones.

—Jóven discípula de las Musas, dijo á Cimodocea, alegría á tus respetables huéspedes. Una dulce complacencia constituye todo el encanto de la vida, y Apolo retira sus dones á los espíritus orgullosos. Muéstranos que descendes de Homero. Los poetas son los legisladores de los hombres y los maestros de la sabiduría. Cuando Agamenon partió á las playas de Troya, dejó un cantor divino al lado de Clitemnestra, para recordarle incesantemente la virtud. Esta reina perdió la nocion de sus deberes; pero esto sucedió después que Egisto, el alumno de las Musas, fué desterrado á una isla desierta.

Así habló Demodoco. Eudoro fué á buscar una lira y la presentó á la jóven griega, que pronunció algunas palabras confusas, pero llenas de maravillosa dulzura. Levantóse, y después de haber preluído sobre diferentes tonos, hizo oír su melodiosa voz.

Empezó por el elogio de las Musas.

«Vosotras, dijo, habeis enseñado todo á los hombres; vosotras sois el único consuelo de la vida; vosotras dais suspiros á nuestros dolores y armonias á nuestros placeres. El hombre no ha recibido del cielo sino un talento: la divina poesia; y vosotras le habeis hecho este inestimable presente. ¡Oh hijas de Mnemonia, que amais los bosques del Olimpo, los valles de Tempé y las aguas de Castalia, robusteced la voz de una virgen consagrada á vuestros altares!»

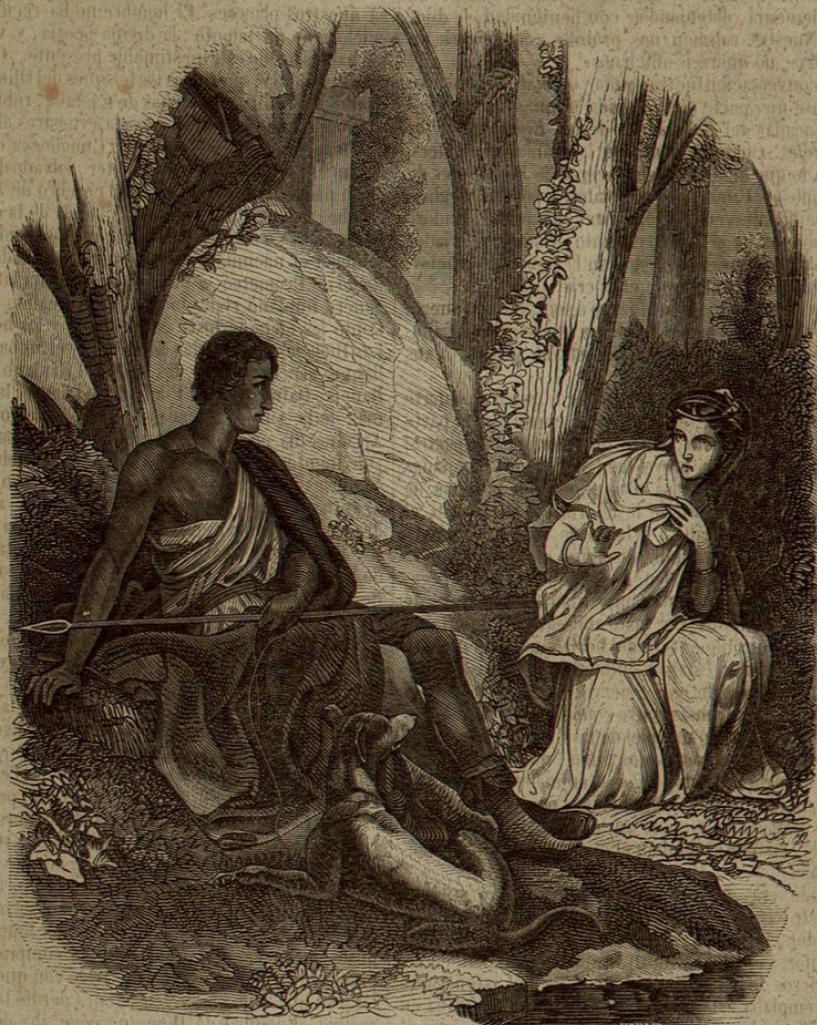
Después de esta invocacion, Cimodocea cantó el nacimiento de los dioses: á Júpiter, salvado del furor de su padre; á Minerva, hija del cerebro de Júpiter; á Hebe, hija de Juno; á Venus, nacida de la espuma de las olas; y á las Gracias de quienes fue madre. Dijo también el nacimiento del hombre, animado por el fuego de Prometeo, á Pandora y á su caja fatal, y el género humano reproducido por Deucalion y Pirra. Contó las metamorfosis de los dioses y los hombres; Las Heliades convertidas en álamos y el ambar de sus llantos arrastrado por las olas del Eridano. Dijo á Baucis, Dafne, Clitia, Filomela, Atalante; las lágrimas de la Aurora trocadas en rocío, y la corona de Ariadna fija en el firmamento. Tampoco os olvido, ¡oh fuentes! ni á vosotros, rios que producis los sombríos y hermosos ramajes. Nombró con respeto al antiguo Peneo, al Ismeno, al Erimanto, al Meandro que da tantos rodeos, al Escamandro tan famoso, al Esperdico, caro á los poetas, al Eurotas, amado por la esposa de Tindaro, y al rio que los cisnes de Meonia han encantado tantas veces con la dulzura de sus cantos.

Pero ¿cómo hubiera pasado en silencio los héroes celebrados por Homero? Animándose de nuevo fuego, cantó la cólera de Aquiles, tan funesta á los griegos, á Ulises, Ayax y Fenix en la tienda del amigo de Patroclo, á Andrómaca en las puertas Esceas y á Priamo á los piés del asesino de Héctor. Dijo los pesares de Penelope, el reconocimiento de Telémaco y Ulises en casa de Eumeo, la muerte del perro fiel; el viejo Laertes escardando un jardín y llorando á la vista de los trece perales que habia dado á su hijo.

Cimodocea no pudo cantar los versos de su inmortal abuelo, sin consagrar algunos acentos á su memoria. Representó á la pobre y virtuosa madre de Melesigenes encendiendo su lámpara y tomando sus husos en medio de la noche, para comprar con el precio de sus lanas un poco de trigo con que alimentar á su hijo. Dijo cómo Melesigenes perdió la vista, y recibió el nombre de Homero; cómo iba de ciudad en ciudad pidiendo hospitalidad, y cómo cantaba sus versos bajo el álamo de Hilé. Contó sus largos viajes, su noche pasada en la playa de la isla de Chio y su aventura con los perros de Glauco. Por último, habló de los juegos fúnebres del rey Eubeo, en que Hesiodo se atrevió á disputar á Homero el premio de la poesia; pero suprimió el fallo de los ancianos que conaron al autor de los *Trabajos y los Dias*, por sus lecciones eran mas útiles á los hombres.

Cimodocea calló: la lira apoyada en su seno, que muda entre sus hermosos brazos. La sacerdotisa de las Musas estaba en pié; sus desnudos piés pisaban los frescos céspedes; y los céfiros del Ladonte y el Alfeo hacian jugar sus negros cabellos en derredor de las cuerdas de su lira. Envuelta en sus velos blancos é iluminada por los rayos de la luna, esta jóven semejaba una aparacion celestial. Demodoco entusiasmado pedía en vano una copa para hacer una libacion al Dios de los versos. Viendo que los criados guardaban silencio, y que no daban á su Cimodocea los elogios que á su parecer merecia:

—¡Huéspedes míos! exclamó, ¿estos cantos ran seros desagradables? Los mortales y los no obstante, son sensibles á los encantos de la música. Orfeo aplacó al inexorable Pluton; hasta cas, vestidas de blanco y sentadas sobre el e



PRIMERA ENTREVISTA DE EUDORO Y CIMODOCEA

del mundo, escuchan la melodía de las esferas; así lo refiere Pitágoras que comunicaba con el Olimpo. Los hombres de los antiguos tiempos mas célebres por su sabiduría, consideraban tan bella á la música que le dieron el nombre de Ley. Por lo que á mí respecta, una divinidad me obliga á confesarlo: si esta sacerdotisa de las Musas no fuese hija mia, hubiera tomado su voz por la de la paloma que llevaba en los bosques de Creta la ambrosia á Júpiter.

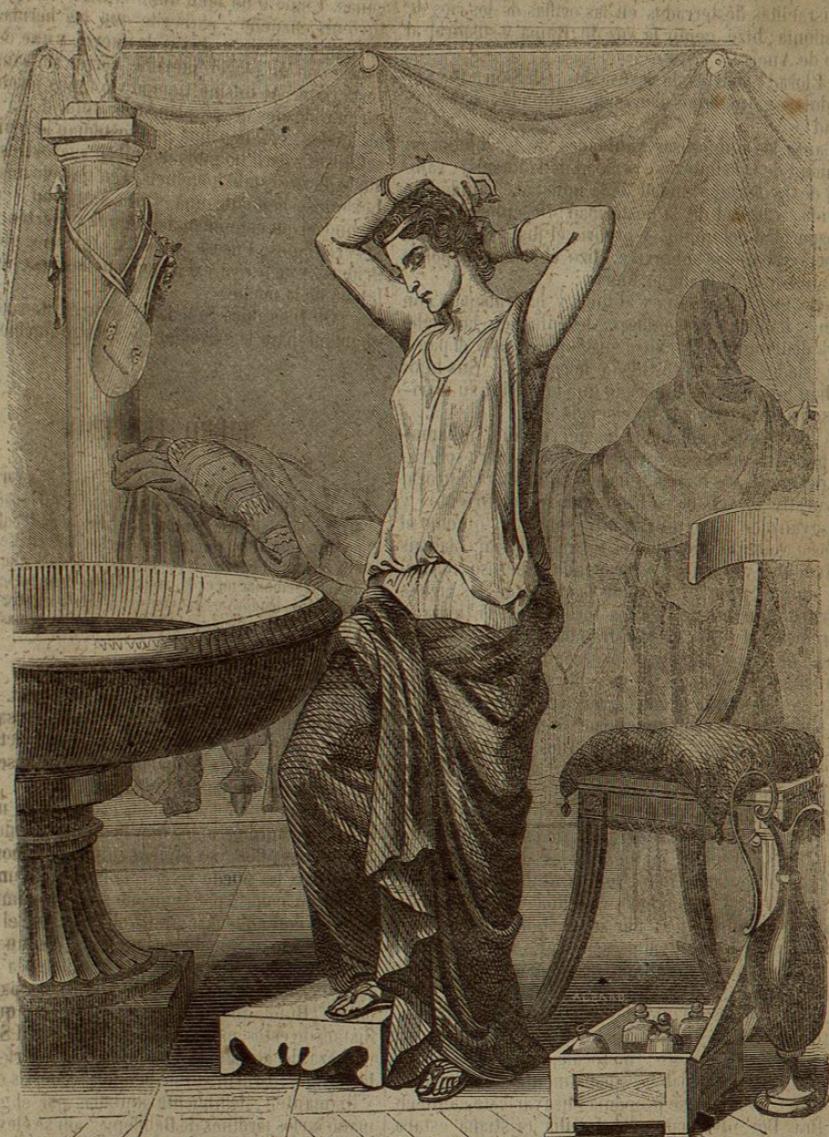
—No son los cantos en sí mismos, sino los asuntos de los cantos de esta jóven los que causan nuestro silencio, respondió Cirilo. Tal vez llegará un día en que las mentiras de la sencilla antigüedad no sean sino fábulas ingeniosas, objeto de los cantos del poeta. Pero hoy ofuscan vuestro espíritu; os mantienen durante la vida en un yugo indigno de la razón del hombre y pierden vuestra alma despues de la muerte. No por esto creais que somos insensibles al halago de una dulce música. ¿Nuestra religion no es armonía y amor? ¿Cuántos suspiros aun mas interesantes hallaría tu amable hija, á quien con tanta justicia comparas á una paloma, si el pudor del asunto cor-

respondiese á la inocencia de la voz! ¡Pobre tortollita abandonada, vuela á la montaña donde la esposa esperaba al esposo! ¡tiende tus alas hácia esos bosques místicos donde las hijas de Jerusalén escucharán tus quejas!

Cirilo, dirigiéndose entonces al hijo de Lastenes, le dijo:

—Hijo mio, prueba á Demodoco que no merecemos la reconvencción que nos dirige. Cántanos esos fragmentos de los Libros Santos que nuestros hermanos los Apolinarios han arreglado para la lira, para demostrar que no somos enemigos de la bella poesía y de una alegría inocente. Dios se ha servido muchas veces de nuestros cánticos para mover el corazón de los infieles.

De las ramas de un sauce inmediato pendía una lira mas vigorosa y mayor que la de Cimodocea: era un cismor hebreo; el rocío de la noche habia aflorado sus cuerdas. Eudoro descolgó el instrumento; y despues de haberlo templado, presentóse en medio de la asamblea como el jóven David, pronto á espulsar con los sonidos de su harpa el espíritu que se



TOCADOR DE CIMODOCEA.

habia apoderado del rey Saul. Cimodocea fue á sentarse al lado de Demodoco. Entonces Eudoro, elevando sus ojos hácia el firmamento tachonado de estrellas, entonó su noble cántico.

Cantó el nacimiento del caos, la luz creada por una palabra; la tierra produciendo los árboles y los animales; el hombre formado á imagen de Dios y animado de un soplo de vida; á Eva sacada de una costilla de Adam; la alegría y los dolores de la mujer en su primer parto; los holocaustos de Cain y Abel, el fratricidio, y la sangre del hombre clamando por la vez primera al cielo.

Pasando luego á los dias de Abraham, y suavizando los ecos de su lira, dijo la palmera, el pozo, el camello, el asno silvestre del desierto, el patriarca viajero sentado delante de su tienda, los rebaños de

Galaad; los valles del Libano, las cumbres de Hermon, Oreb y Sinai, los rosales de Jericó, los cipreses de Cadés, las palmas del Idunee, Efraim y Sichein, Sion y Solima, el torrente de los Cedros y las aguas sagradas del Jordan. Dijo los jueces reunidos á las puertas de la ciudad, Booz en medio de los segadores, Gedeon trillando su trigo y recibiendo la visita de un ángel; el viejo Tobias saliendo al encuentro de su hijo, anunciado por el perro fiel, y Agar, volviendo la cabeza para no ver morir á Ismael. Pero antes de cantar á Moisés entre los pastores de Madian, refirió la aventura de José reconocido por sus hermanos; sus lágrimas y las de Benjamin; Jacob presentado á Faraon, y el patriarca llevado despues de su muerte á la bodega de Mambré para que durmiese al lado de sus padres.

Cambiando de nuevo la entonación de su lira, Eudoro repitió el canto del santo rey Ezequías y el de los israelitas desterrados en las orillas de los ríos de Babilonia; hizo gemir la voz de Rama y suspirar al hijo de Amós:

«Llorad, puertas de Jerusalén. ¡Oh Sion, tus sacerdotes y tus hijos han sido reducidos á esclavitud!»

Cantó las numerosas vanidades de los hombres: vanidad de las riquezas, vanidad de la ciencia, vanidad de la gloria, vanidad de la amistad, vanidad de la vida, vanidad de la posteridad! Descubrió la falsa prosperidad del impio, y prefirió el justo que muere al perverso que le sobrevive. Hizo el elogio del pobre virtuoso y el de la mujer fuerte:

«Ha buscado la lana y el lino, y ha trabajado con manos hábiles é ingeniosas; levántase en la noche para distribuir el trabajo á sus domésticos y el pan á sus criados; está revestida de hermosura. Sus hijos se han levantado y publicado que era feliz; su marido se ha levantado y la ha elogiado.»

«¡Oh Señor! exclamó el joven cristiano, inflamado por estas imágenes; vos sois el verdadero soberano del cielo; vos habeis señalado su lugar á la aurora. A vuestra voz el sol se ha elevado en el Oriente, y ha avanzado como un gigante soberbio, ó como el esposo radiante que sale del tálamo nupcial. Llamais al trueno, y el trueno os responde temeroso: «¡Héme aquí, Señor!» Rebajais la altura de los cielos; vuestro espíritu vuela en los torbellinos; la tierra se estremece al soplo de vuestra cólera, y los muertos llenos de pavor huyen de sus sepulcros. ¡Oh Dios! ¡Cuán grande sois en vuestras obras! Y ¿quién es el hombre, para que le consagreis vuestro corazón? Y no obstante, es el objeto eterno de nuestra inagotable complacencia. ¡Dios fuerte, Dios clemente, Esencia increada, Anciano de los días, gloria á vuestro poder, amor á vuestra misericordia!»

Así cantó el hijo de Lastenes. Este himno de Sion resonó á lo lejos en las cavernas de la Arcadia, sorprendidas al repetir, en lugar de los sonidos afeminados de la flauta de Pan, los varonilesacentos del harpa de David. Demodoco y su hija estaban demasiado sorprendidos para dar señal alguna de su emoción. Los vivos resplandores de la Escritura habian en cierto modo deslumbrado sus corazones acostumbrados á no recibir sino una luz mezclada de tinieblas; no conocian las divinidades celebradas por Eudoro, pero tomaron á este por Apolo, y querian consagrarle una tripode de oro, no tocada aun por la llama. Cimodocea se acordaba especialmente del elogio de la mujer fuerte, y se proponia ensayar este canto en su lira. Por otra parte, la familia cristiana estaba sumergida en los pensamientos mas serios, porque lo que para los extranjeros era técnicamente una sublime poesia, era para ella una serie de misterios profundos y verdades eternas. El silencio de los circunstantes hubiera durado mucho tiempo, á no haber sido súbitamente interrumpido por los aplausos de los pastores. El viento les habia llevado las voces de Cimodocea y Eudoro, y habian bajado en tropel de sus montañas, para escuchar aquellos conciertos, creyendo que las Musas y las Sirenas habian renovado en las mágenes del Alfeo el combate que en otro tiempo se habian dado; cuando las hijas de Acheloo, vencidas por sus doctas hermanas, se vieron obligadas á despojarse de sus alas.

Era mas de la media noche por lo que el obispo de Lacedemonia invitó á sus huéspedes á que se retirasen. Semejante al viñador fatigado al terminar el día, llama tres veces al Señor y adora. Entonces los cristianos, despues de haberse dado el ósculo de paz, vuelven á sus hogares, castamente recogidos.

Demodoco fue conducido por un criado al lugar que le habia sido preparado, no lejos del aposento

destinado á Cimodocea. Cirilo, despues de haber meditado la palabra de vida, se tendió sobre un lecho de cañas. Empero no bien hubo cerrado sus párpados, tuvo un ensueño: parecióle que las heridas de su antiguo martirio se abrian de nuevo, y que de nuevo sentia con un placer inefable correr su sangre por Jesucristo. Al mismo tiempo vió á una jóven y á un jóven rodeados de resplandores subir de la tierra á los cielos; con la palma que sostenian le invitaban á seguirles; pero no pudo descubrir sus rostros porque sus cabezas estaban envueltas en un velo misterioso. Levantóse lleno de una santa agitación, creyendo reconocer en este ensueño alguna advertencia para los cristianos. Púsose, pues, á orar anegado en lágrimas, y se le oyó exclamar muchas veces en el silencio de la noche:

«¡Oh Dios mio! Si todavía se necesitan víctimas, elegidme para la salvación de vuestro pueblo!»

LIBRO TERCERO.

SUMARIO. La oración de Cirilo sube al trono del Todopoderoso. El cielo. Los ángeles, los santos. Tabernáculo de la Madre del Salvador. Santuario del Hijo y del Padre. El Espíritu Santo. La Trinidad. La oración de Cirilo se presenta al Eterno; el Eterno la recibe, pero declara que el obispo de Lacedemonia no es la víctima que debe rescatar á los cristianos. Eudoro es la víctima escogida. Motivos de esta elección. Las milicias celestiales toman las armas. Cántico de los santos y de los ángeles.

Las últimas palabras de Cirilo subieron al trono del Eterno. El Todopoderoso aceptó el sacrificio, pero el obispo de Lacedemonia no era la víctima que Dios habia escogido en su cólera y en su misericordia para espisar las faltas de los cristianos.

En el centro de los mundos creados y en medio de los astros innumerables que le sirven de murallas y de caminos, flota esa inmensa ciudad de Dios, cuyas maravillas no puede referir la lengua de un mortal. El Eterno colocó por sí mismo sus doce cimientos y la rodeó con aquella muralla de jaspes que el discípulo predilecto vió medir por un ángel con una vara de oro. Revestida de la gloria del Altísimo, la invisible Jerusalén está adornada como una esposa para su esposo. ¡Huid, monumentos de la tierra, que tanto distais de estos monumentos de la Ciudad Santa! La riqueza de la materia compete con la perfección de las formas. Brillan allí suspendidas galerías de zafiros y diamantes, debilmente imitadas por el genio humano en los jardines de Babilonia; allí se elevan arcos de triunfo, formados de las mas rutilantes estrellas, allí se enlazan pórticos de soles, prolongados hasta lo infinito á través de los espacios del firmamento, como las columnas de Palmira en las arenas del desierto. Esta arquitectura es viva, pues la ciudad de Dios está dotada de inteligencia. Nada es materia en las moradas del Espíritu, nada carece de vida en las mansiones de la existencia eterna. Las palabras groseras que la Musa se ve obligada á emplar, nos engañan: revisten de atributos corpóreos lo que no existe sino como un ensueño divino en el discurso de un sueño venturoso.

En derredor de la radiante Jerusalén se dilatan deliciosos jardines. Un río que brota del trono del Todopoderoso, riega el celestial Eden y lleva en sus ondas el amor puro y la sabiduría de Dios. Las aguas misteriosas se dividen en diferentes canales que se enlazan, se dividen, vuelven á confundirse, se separan de nuevo, y hacen crecer con la viña inmortal el lirio semejante á la esposa y las flores que perfuman el tálamo del esposo. El árbol de vida descuella sobre la colina del incienso; un poco mas lejos, el

árbol de ciencia estiende en todas direcciones sus raíces profundas y sus innumerables ramas, llevando ocultas bajo su follaje de oro los secretos de la Divinidad, las leyes ocultas de la naturaleza, las realidades morales é intelectuales y los inmutables principios del bien y del mal. Estos conocimientos que nos embriagan forman el alimento de los escogidos; porque en el imperio de la soberana sabiduría, el fruto de ciencia no da ya la muerte. Los dos grandes progenitores del género humano van con frecuencia á derramar lágrimas (del modo que los justos pueden derramarlas), á la sombra de aquel árbol maravilloso.

La luz que alumbrá aquellas afortunadas regiones se compone de las rosas de la mañana, de las llamas del mediodía y de la púrpura de la tarde; no obstante, ningun astro se presenta en el horizonte luminoso; ningun sol nace, ningun sol se pone en los lugares donde nada concluye, donde nada empieza; pero una claridad inefable que desciende de todas partes como un tierno rocío, mantiene el eterno día de la deleitosa eternidad.

En el átrio de la Ciudad Santa y en los campos que la rodean, están á vez reunidos ó repartidos los coros de los querubines y de los serafines, de los ángeles y de los arcángeles; de los tronos y de las dominaciones: ministros todos de las obras y de la voluntad del Eterno. A estos ha sido concedido todo poder sobre el fuego, el aire, la tierra y el agua; á aquellos pertenece la dirección de las estaciones, de los vientos y las tempestades; hacen madurar las mieses, levantan la tierra flor, y encorvan hácia el suelo el árbol caduco. Ellos suspiran en los antiguos bosques. hablan en las olas del mar y precipitan los ríos desde la cumbre de las montañas. Unos guardan los veinte mil carros de guerra de Sabaoth y de Elohé; otros custodian el carcaj del Señor, sus rayos inevitables y sus terribles corceles, conductores de la peste, la guerra, el hambre y la muerte. Un millon de estos genios ardientes arreglan los movimientos de los astros, y se relevan alternativamente en estos empleos magníficos como los vigilantes centinelas de un numeroso ejército. Hijos del soplo de Dios, en diferentes épocas, estos ángeles no tienen la misma vejez en las generaciones de la eternidad; un número infinito fue creado con el hombre para fortalecer sus virtudes, dirigir sus pasiones y defenderle de los ataques del infierno.

Allí están tambien reunidos para siempre los mortales que han practicado la virtud sobre la tierra; los patriarcas, sentados sobre palmas de oro; los profetas, cuya frente fulgura con rayos de viva luz; los apóstoles, que llevan sobre su corazón los santos Evangelios; los doctores que tienen en la mano una pluma inmortal; los solitarios retirados en las grutas celestiales; los mártires, vestidos de túnicas resplandecientes; las vírgenes, coronadas de las rosas de Eden; las viudas, con la cabeza adornada de largos velos; y todas esas mujeres pacíficas que bajo simples túnicas de lino se hicieron las consoladoras de nuestros llantos y las participantes de nuestras miserias.

¿Es el hombre enfermo y desgraciado quien podría hablar de las felicidades supremas? Sombras fugitivas y deplorables, ¿sabemos acaso lo que es la felicidad? Cuando el alma del cristiano fiel abandona su cuerpo, como un esperto piloto deja el fragil bajel próximo á sumergirse en el Océano, ella sola conoce la verdadera bienaventuranza. El supremo bien de los elegidos es saber que este bien sin medida no tendrá fin; están incesantemente en el estado delicioso de un mortal que acaba de hacer una acción virtuosa ó heroica; de un genio sublime que produce una idea gigantesca; de un hombre que experimenta las emociones de un amor legítimo; ó los encantos

de una amistad largo tiempo acrisolada por el infortunio. Así es que las pasiones nobles no se han extinguído en el corazón de los justos, sino que únicamente se han purificado; los hermanos, los esposos, los amigos continúan amándose, y estos afectos que viven y se concentran en el seno de la Divinidad misma, se impregnan en algun modo en la grandeza y la eternidad de Dios.

Ya estas almas satisfechas descansan reunidas á la márgen del río de la Sabiduría y del Amor; la hermosura y la omnipotencia del Altísimo son objeto perpétuo de sus pláticas.

«¡Oh Dios! dicen, ¿cuánta es vuestra grandeza! Todo lo que habeis hecho nacer se encierra en los límites del tiempo, y el tiempo que se presenta á los mortales como un mar sin límites, es tan solo una gota imperceptible del Océano de vuestra eternidad.»

Ya los predestinados, para glorificar mejor al rey de los reyes, recorren su maravillosa obra; la creación que contemplan desde los diferentes puntos del universo, les ofrece espectáculos encantadores; así, (si los grandes objetos pueden compararse á los pequeños), así se muestran á los ojos del viajero los soberbios campos del Indo, los ricos valles del Dehly y de Cachemira; las playas cubiertas de perlas y perfumadas de ámbar, donde las tranquilas olas van á espirar al pié de los caneleros en flor. El color de los cielos, la disposición y magnitud de las esferas, que varían según el movimiento y las distancias son para los espíritus bienaventurados un manantial inagotable de admiración. Se complacen en conocer las leyes que hacen girar con tanta celeridad esos cuerpos graves en el éter fluido; visitan esa luna tranquila que en la calma de las noches iluminó sus oraciones ó sus amistades en la tierra. El astro húmedo y trémulo que precede los pasos de la mañana; ese otro planeta que brilla como un diamante en la cabellera de oro del sol; ese globo de larga edad que camina al resplandor de cuatro antorchas pálidas; esa tierra enlutada que lejos de los rayos del sol lleva un anillo como una viuda inconsolable; todas esas antorchas errantes de la casa del hombre atraen las meditaciones de los elegidos.

Finalmente, las almas predestinadas vuelan hasta esos mundos de que nuestras estrellas son los soles, y oyen los conciertos desconocidos de la Lira y del Cisne celestiales. Dios, de quien se deriva una creación no interrumpida, no deja descansar su curiosidad santa, ora rompa en los mas remotos confines del espacio, un antiguo universo; ora seguido del ejército de los ángeles, lleve el órden y la hermosura al seno del caos.

Pero el objeto mas admirable ofrecido á la contemplación de los santos es el hombre. Interésanse todavía en nuestros pesares y en nuestros placeres, escuchan nuestros votos, ruegan por nosotros; con nuestros patronos y nuestros consejeros; regocíjense siete veces cuando un pecador vuelve al redil; se estremecen con un caritativo temor cuando el ángel de la muerte lleva un alma tímida á los piés del supremo juez. Pero si ven al descubierto nuestras pasiones, ignoran no obstante, por medio de qué arte se confunden en nuestro seno tantos elementos opuestos: Dios, que permite á los bienaventurados penetrar las leyes del universo, se ha reservado el maravilloso secreto del corazón humano. En este éxtasis de admiración y de amor, en estos arrebatos de una alegría sublime, ó en estos movimientos de una tierna tristeza, los elegidos repiten el grito de tres veces Santo, que deleita eternamente los cielos. El rey Profeta dirige las melodías divinas; Asaph, que suspiró los dolores de David, arregla los instrumentos animados por el aliento; y los hijos de Coré tañen las harpas, las liras y los salterios que tiemblan bajo la mano de los ángeles. Los seis días de la Creación, el des-